

Suplemento Cambio Climático - 30/07/2015

¿DEBEMOS SER TAN OPTIMISTAS? – UN POCO DE ESCEPTICISMO RESPECTO A LA COP 2015

Por Alejandro Safranchik¹

Bien sabido es que el cambio climático está afectando nuestro planeta.

Si bien puede ser constatado mediante experimentos científicos, no es necesario contar con estudios superiores para percibirlo. Este se manifiesta de modo tangible para la mayoría de la población mediante el aumento del número de catástrofes naturales en los últimos años.

Estas catástrofes conllevan a una serie de consecuencias, positivas o negativas, según el prisma con el que se las mire. Una de estas, por ejemplo, son los nuevos “refugiados ambientales”, víctimas de desastres naturales que deben soportar, en la mayoría de los casos, además de sus pocos bienes materiales, ser removidos de sus hogares ancestrales.

El coste de esto debe ser soportado por los Estados, que se ven obligados a velar por la seguridad y el bienestar de sus ciudadanos. En el marco de la cada vez más creciente participación de los Estados en las cuestiones relativas a la lucha contra el cambio climático, reflejado en las COP realizadas en Lima el año anterior, y París este año, podríamos abrir algunos interrogantes: ¿Por qué vienen tomando tantos años la adopción de medidas para combatir el cambio climático? ¿Hay algún sector beneficiado? / ¿Cuál es la responsabilidad del sector privado en esto?

Aun en periodo de negociaciones para la mencionada COP de París a finales de este año, el instrumento legal más fuerte con el que se cuenta hasta el día de hoy para combatir el cambio climático es el Protocolo de Kyoto, entrado en vigor en el año 2005. Sin embargo, el mayor emisor de gases de efecto invernadero mundial, los Estados Unidos, nunca lo ratificó. Es conocida la amplia influencia que produce el lobby de los gigantes del sector privado en las decisiones del gobierno norteamericano. ¿Cuál es la posición que han adoptado estas respecto a los efectos del cambio climático?

Tomaremos el caso, entonces, de dos desastres naturales a gran escala acaecidos en los últimos tiempos: el tsunami en el sudeste de Asia, y el golpe del huracán Katrina sobre Nueva Orleans.

El 26 de diciembre del 2004 se produjo un devastador tsunami que afectó al sudeste de Asia. Tal como nos cuenta Naomi Klein² en su libro “La doctrina del shock”, esta zona se encontraba en permanente conflicto entre los gobiernos y los pobladores locales, por el control de zonas comercialmente explotables que estos últimos no querían abandonar, por ser su base de sustento y los hogares de sus familias por cientos de años. Sin embargo, el tsunami logró lo que la fuerza pública no podía: despejo completamente las playas. No llegó a pasar siquiera un día para que los gobernantes locales (en complicidad con las multinacionales hoteleras), enviaran a las zonas de interés policías y soldados, creando una “zona de separación”, bajo el supuesto de proteger la seguridad de los individuos, en caso de otro tsunami. Mas esta zona no aplicaba a los hoteleros, que quedaron exentos de la regulación de la zona de separación, con tal de que clasificaran sus construcciones como “reparación”. Los pescadores, calificados como improductivos por el Banco

¹ Alumno de la Carrera de Derecho, alumno investigador en el Proyecto de Investigación de la Facultad de Derecho de la UBA (2014-2016) DCT 1422, bajo la dirección del Dr. Marcelo López Alfonsín, y en cuyo marco se realiza la presente publicación.

² Klein, Naomi. La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre. Paidós, 1ra. Ed. Argentina. 2008.

Mundial, fueron expulsados de sus hogares por la propia naturaleza que tantos años los había acogido. Grandes compañías hoteleras internacionales (no daremos nombres) hicieron de la catástrofe su plataforma de negocios.

El caso más paradigmático sea quizás el de la reconstrucción de la ciudad de Nueva Orleans. El huracán Katrina golpeo sobre esta ciudad a mediados de 2005, dejando la cifra de alrededor de 2000 personas fallecidas, y la considerable de 108 mil millones de dólares en daños materiales. Entre las causas no naturales de este desastre, destaca a fines de este análisis la estructura corporativista del Estado norteamericano durante la gestión de George Bush, con insuficientes fondos para la prevención solicitada por las agencias del sector público, e ilimitados fondos para solventar los gastos de los contratistas privados. Este fue, quizás, uno de los ejemplos más significativos de la dicotomía entre una y otra manera de pensar el cambio climático. Las consecuencias, otra vez, fueron un avasallamiento sobre los afectados. En menos de un mes, se adoptaron las siguientes medidas: suspender la ley de salarios prevalecientes en zonas de desastre; hacer de la zona afectada una zona empresarial con un sistema impositivo de tipo único; y darle a la región un sistema de incentivos fiscales completo libre de regulaciones.

Si bien los cambios de gobiernos traen consigo cambios en las políticas, este modelo de corporativismo de estado ya ha sido exportado a la gran mayoría de los países, fácilmente constatable observando el alto grado de interrelación entre los políticos y los empresarios en los diversos países. Mientras la rentabilidad sea un concepto asociado al de catástrofe natural, cabra ver los intereses de quien están dispuestos a proteger los Estados negociantes.

Ya estamos viendo una luz de esperanza en el camino hacia París. Pareciera ser que, esta vez, los Estados con un rol preponderante a nivel mundial están dispuestos a comprometerse seriamente. ¿Les permitirán hacerlo? ¿Debemos ser tan optimistas?